

EL ASEDIO DE LAS PALABRAS

P. Dr. Cornelio Fabro

En otro tiempo¹, en la aurora del pensamiento occidental evocada por el joven Nietzsche y hoy retomada por Heidegger, la Palabra era la posesión misma de la verdad como norma universal, como presencia luminosa e iluminante que penetra y debe penetrar toda sinuosidad y escondite de la realidad. Así, en la aurora del pensamiento occidental, la Palabra disipaba el error de los mortales, así como en el avanzar de la alborada, rechazadas por los rayos del sol naciente, huyen todas las brumas de la mañana. Mas esta Palabra (o logos) para ser contenido, criterio y fundamento de la verdad, debe ser única, perenne, inmutable... según aquella antigua filosofía.

Pero hoy estamos enfermos de palabras, porque estamos sumergidos por palabras en todas las direcciones: la prensa, la radio, la televisión... con los recursos infinitos de la técnica, nos invaden con palabras por todas partes, no nos dejan ni siquiera un rinconcito para la intimidad de la dicha y del dolor, de la esperanza y de la desesperación. Ya no podremos defendernos más de las palabras, que se han hecho más penetrantes y corrosivas que las termitas, porque hoy en día no significan más la presencia del espíritu, sino el dominio de la materia y la prepotencia de sus energías, privadas de todo pudor y respeto.

El hombre moderno ha perdido el sentido y, con él, las proporciones de la Palabra. Heráclito, que es quizás el principal inspirador de Nietzsche y también de Heidegger (junto a Parménides), distingue un logos divino y un logos cósmico: mediador entre ellos circula el logos humano, doblemente condicionado, a saber, por el logos divino como fuente primigenia y por el cósmico como objeto de investigación y de descubrimiento, como es, precisamente, el logos del mar y de la tierra (Fr. 31) donde todo surge y todo tramonta. Ahora las suertes se han invertido: es el mundo de los

¹ C. FABRO, *Momenti dello Spirito* I, Asís 1982, 15-18. Se puede buscar el texto en italiano en [www.corneliofabro.org/Articoli e riflessioni/](http://www.corneliofabro.org/Articoli_e_riflessioni/) *Momenti dello Spirito*.

fenómenos el que nos esconde lo real dentro y fuera de nosotros, es la invasión de las ondas electromagnéticas telecomandadas por el hombre, la que nos sumerge por todas partes con avalanchas de palabras; y las palabras hacen huir al logos.

En efecto, para Heráclito, el logos está también presente en cada yo humano singular, en cada alma en cuanto partícipe de la verdad; y, en este sentido, han tenido razón los críticos al ver en Heráclito un precursor del logos del Evangelio de Juan, que parece haber sido escrito en Éfeso, la ciudad de Heráclito. Dos fragmentos pintorescos, que no resultarán simpáticos a los evolucionistas, se concentran en torno a la situación dialéctica (por así decirlo) del logos humano o, más exactamente, de aquello que el logos confiere al hombre en su posición intermedia e intermediaria entre Dios y el mundo. En efecto, en un primer momento «... el más bello de los monos es torpe apenas se lo compara con la estirpe de los hombres» (Fr. 82). Pero en el segundo momento «... el más sabio de los hombres, en comparación con Dios, (Heráclito escribe *theos*), aparecerá como un mono (*pithecos*), en sabiduría, en belleza y en todas las cosas» (Fr. 83). Dos textos que valen un códice, de meditación sobre la dignidad y el miserable destino de nuestra especie. Si Heráclito volviese hoy, probablemente actualizaría estos dos axiomas con un tercero, más o menos de este tenor: «El hombre que ha abandonado o negado el logos divino, el hombre que pretende comportarse como logos primario y universal, está destinado a convertirse, y se está convirtiendo, en más feo y más estúpido que el más feo y más estúpido de todos los monos».

El pasaje que va del logos divino de Heráclito al logos revelado, que es Jesucristo, el Verbo Encarnado, surge espontáneamente. A este horizonte del encuentro de los dos Verbos ya se habían encaminado, parece que bajo el influjo del mismo pensamiento griego, los libros deuterocanónicos del Antiguo Testamento; después, sobre todo, el IV Evangelio y, a su modo, la cristología paolina (Col 9,13ss.).

La dificultad y la prueba de la fe es la de ser nuevos en lo antiguo y originales en lo permanente, puesto que pertenece al hombre el ser productivo con la libertad en el ámbito de la verdad, a todo nivel, incluso el de la fe y la salvación. El espíritu no es una canasta que recibe pasivamente, sino un principio que se actúa a sí mismo «dirimiendo» con la elección la

alternativa de su salvación. Éste es el progreso en la continuidad y fidelidad a la tradición, según la regla áurea de Vicente de Lérins, que entró a formar parte de los textos auténticos del magisterio: «Enseña las mismas cosas que has aprendido, de tal manera que, diciendo de un modo nuevo, no digas cosas nuevas. Pero –se pregunta enseñuida– ¿entonces, no habrá ningún progreso en la Iglesia de Cristo? ¡Cierto! –responde–. Y grandísimo. ¿Quién será el hombre tan envidioso de los hombres y tan odioso a Dios, que trataría de impedirlo? Bien entendido, tiene que haber un progreso, pero no un cambio: un auténtico aumento para cada uno y para todos, para cada hombre y para toda la Iglesia; pero en el mismo dogma, en el mismo sentido, y en la misma fórmula».

Quien pretende avanzar cortando los puentes con el pasado no avanza, se precipita en el vacío; no encuentra al hombre histórico en camino hacia el futuro de la salvación, antes bien, queda envuelto en los remolinos del tiempo sin esperanza. La teología contemporánea parece estar en crisis justo sobre este punto, a saber, el de la fe como tensión abierta entre los tiempos de la salvación, que está iluminada por la presencia del espíritu de Cristo con la guía del Magisterio de la Iglesia. Frecuentemente, los espíritus iluminados manifiestan una grave perplejidad sobre la orientación de la nueva teología «horizontalista», suscitando un incendio de protestas por parte de los interesados –y sin obtener todavía ese encuentro y confrontación, a los que invitan, acerca de las precisas contestaciones–, con lo cual confirman la realidad y gravedad de la situación. Sin embargo, la invitación del Lerinense está siempre abierta.

Por eso nos podemos preguntar: ¿qué mensaje de salvación puede anunciar al mundo una teología que desmitologiza los eventos de la salvación, que deja en la sombra –alguno hasta los niega u omite completamente– los misterios y dogmas fundamentales del Cristianismo para aplicarse únicamente a las estructuras socio-político-económicas del hombre, rechazando el misterio de la caída y de la redención del hombre, reducidos a mera «metáfora»? (ver *Concilium*, 1982, 3). ¿Qué principio de renovación puede ser una teología que seculariza sin escrúpulos la moral y, como avergonzándose del ideal de pureza y pobreza cristiana, irrumpe a favor de una existencia bajo la bandera del placer, del rechazo del sacrificio, a favor de la celebración abierta del sexo (*pornoteología*): brevemente, para alinearse con la lucha de clases, para proclamar la inocencia liberante de los instintos,

con la brutalidad del más retrógrado psicoanálisis? ¿Qué tiene que hacer el mundo, o qué cosa puede hacer, con una teología sin pudor, que desarma ante el mal? ¿Qué puede significar para la sociedad consumista, que se hunde en el aburrimiento y en la rebelión del acto gratuito, una teología que para salvar al mundo bebe el mismo veneno que intoxica al mundo?

Ciertamente, nuevos problemas y nuevas exigencias, nuevos errores y nuevas dificultades, solicitan la conciencia cristiana en un mundo que está en continuo movimiento: ¿no se deben, entonces, buscar «nuevas» soluciones? Es una pregunta justa, declara el mismo Lerinense, una pregunta a la que se debe responder con especial diligencia y atención, pero también con la autoridad de la ley divina, con los documentos del Magisterio, que edifica porque unifica, es decir, porque fundado sobre la majestad e inmutabilidad del dogma, o sea, sobre la autoridad de Dios inmutable, y no sobre el capricho mutable de los hombres. Si el arte tiene que saber frenar el encanto de la forma huidiza, y si la filosofía tiene que sobrepasar los confines de la ciencia y de la experiencia, la teología tiene que llevar luz allí donde el arte comienza y la filosofía se frena, para poner en movimiento los recursos secretos de la fe y de la gracia cuando el gusanillo de la duda hace aridecer al espíritu y la preocupación del dolor hace al corazón rendirse.

En la teología se toca el círculo supremo de la vida, se debe desatar el nudo de la duda, atenuar el estrujón del dolor, ante la Verdad encarnada que es el Cristo: no simple hombre-divino, sino Hombre-Dios, Palabra eterna que entró en el tiempo, modelo del hombre, al cual, por los canales misteriosos del amor, más allá de los confines de la ciencia y de la acción, de la filosofía y de la poesía, anuncia desde hace ya dos milenios, y en cada rompiente del tiempo, la aurora de la salvación eterna.

(1973)

Traducción a cargo del P. Dr. Christian Ferraro